

¡Ay! cuando á luz naciste  
 Para salvar la tierra  
 Al mal te sometiste  
 De su fatal mansion:  
 Y del dolor que encierra  
 La bárbara agonía,  
 Pronto ¡ay de tí! debía  
 Herir tu corazon.

En vano consagrabas  
 La flor de tu pureza  
 Al Dios de quien enviabas  
 Tu corazon en pós:  
 Su rayo se encendia  
 Sobre tu real cabeza,  
 Y que acatar habia  
 La voluntad de Dios.

## II.

Acercábanse ya los misteriosos  
 Dias de llanto, en cuyas lentas horas  
 Se debian llenar los tenebrosos  
 Designios del Señor. El solamente  
 Penetraba el hondísimo misterio  
 De nuestra Redencion: su sábia mente  
 Percibía no más la luz futura  
 Que, para bien de la terrena gente,  
 Iba á alumbrar la lobreguez impura  
 De su mansion: su poderosa mano  
 Preparaba á los tiempos el camino:  
 Y momento á momento, grano á grano  
 Iba en la eternidad inmensurable  
 Arrojando implacable  
 Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo  
 Aguardando el instante pavoroso  
 En que del gran misterio tenebroso

La justicia de Dios rasgará el velo;  
 Y temblaban las almas  
 De Abraham en el limbo detenidas  
 Ansiando, de él para salir, las palmas  
 Por el cielo á los justos prometidas:  
 Y temblaba el monarca del infierno  
 Esperando en sus lóbregas moradas  
 El punto en que sus puertas quebrantadas  
 Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía  
 Su porvenir recóndito ignoraba,  
 Y ya el ángel precito adivinaba  
 Los destinos futuros de MARIA.  
 La voluntad de Dios no le dejaba  
 Llegar de la dichosa Nazarena  
 Al alma virginal, que vió en el mundo  
 Entrar de culpa original agena;  
 Y en su saber y en su furor profundo  
 Sentía el pié de la que así nacía  
 Hollar triunfante su cerviz impía.  
 Ella empero ignorante  
 Del porvenir augusto, orando á solas  
 Consigo misma y del Señor delante,  
 Del mar del porvenir no percibía  
 Crecer y embriavecerse á cada instante  
 El viento ajado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos  
 Que ligaban su espíritu á la tierra  
 Antes que el gérmen que su sangre encierra  
 Fecundara el aliento omnipotente,  
 Y recibieran sus maternos brazos  
 Al rey eterno de la humana gente.  
 Era preciso que la flor de mayo  
 Sobre su tallo se apoyara sola,  
 Para que el fuego asolador del rayo  
 Cayese enteró en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,  
 Bella sin par entre las mas hermosas  
 Que por las sendas de la tierra oscuras,  
 Obediente á las leyes misteriosas  
 De Jehováh, tus huellas  
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,  
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,  
 De hoy mas tan solo pisarán espinas.

Antes que sus virtudes salvadoras  
 De tu alta gracia el talisman ejerza  
 En pró de nuestras almas pecadoras,  
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza  
 Que huérfana te veas, que devores  
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes

Para ser el consuelo de los tristes,  
 Fuerza será que con los tristes llores;  
 Fuerza es, oh madre del amor divino!  
 La hiel que apures del pesar humano;  
 Es fuerza que al dolor de tu destino;  
 No se iguale jamás dolor humano,  
 Para que al darte de su madre el nombre,  
 En su aflicción, tu nombre soberano,  
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,  
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales  
 Se corone tu cándida cabeza,  
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales;  
 Apresta, pues, tu alma á la fiereza  
 De tus hondos destinos celestiales,  
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,  
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,  
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquín, la vista fija  
 En su hermosa Miriam, su domicilio  
 Mudó á Jerusalem, y al pié del templo,  
 Para vivir más cerca de su hija,  
 Compró, de sus parientes con auxilio,  
 Una pobre mansion, donde él y Ana

Eran, de amor y de virtud ejemplo,  
 Muestra viviente de bondad humana.  
 Hacia ya dos lustros que no oía  
 El rumor de los olmos y las cañas  
 De Nazareth, cuando al morir de un día  
 De otoño el tibio sol, sintió que hería  
 La mano de la muerte sus entrañas.  
 Su último aliento recogió en el pecho  
 Por alargar un punto la existencia,  
 Su alma con religiosa diligencia  
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.  
 Su postrimer deseo procurando  
 Ana cumplir, al templo fué llorando  
 Al sumo Sacerdote Zacarías  
 A avisar que llegaba  
 Su esposo al fin de sus cansados días.  
 Acudió presuroso  
 El sacerdote austero  
 A la mansion del moribundo esposo.  
 Mas no llegó el primero:  
 Ya su faz con sus lágrimas regaba  
 MARIA, que con paso más ligero  
 De llegar acababa,  
 Y que á las manos de su padre asida  
 Tal vez con sus suspiros intentaba  
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,  
 El espirante padre al sacerdote  
 Encomendó cuanto en el triste mundo  
 Dejaba: la hija que á sus piés gemia  
 Y la muger con quien partido habia  
 En la prosperidad y en la indigencia  
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados  
 Por el Señor en su postrer instante,  
 El glorioso esplendor, el sol brillante  
 Percibió de los días reservados  
 A aquella hija divina que le llora,  
 Y una sonrisa iluminó el semblante  
 Del noble viejo, luz consoladora  
 Que le mostró su eternidad radiante:  
 Y sus manos poniendo en la cabeza  
 De aquella hija del mundo salvadora  
 Espiró sin congoja ni agonía,  
 Del alma pura la mortal corteza  
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra  
 La noble virgen y la madre anciana,  
 Y sobre el mármol que á su bien encierra  
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.

Quando de llantó el natural tributo  
 Pagó al amor su corazón doliente,  
 Del mármol se alejaron tristemente  
 Para esconder su soledad y luto  
 La hija del templo bajo el áureo techo,  
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues... es una tarde  
 Apacible y serena;  
 El sol, de luz en el postrer alarde,  
 De rojo resplandor el aire llena,  
 Y su esplendente claridad tendiendo  
 Por la estension del cárdeno horizonté  
 Como un manto de púrpura, derrama  
 Desde la cima del escelso monte  
 Su temblorosa llama,  
 Que como vasto incendio reverbera,  
 Con su postrer fulgor enrojeciendo  
 Valle, bosque, ciudad, rio y praderá.

El dia de la fiesta de las flores  
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha  
 El suave són del cántico sonoro  
 Del templo, y por los aires se levanta  
 El humo azul del incensario de oro,  
 Que con el áura al elevarse lucha,

Fugaz lamiendo la techumbre santa  
 MARIA, de las *almas* entre el coro,  
 Acompañada del salterio canta  
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,  
 En cuanto abarca su ámbito invisible  
 Desde el zenit al háratro profundo,  
 Mudo y atento para oír se inclina  
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido  
 Derramado se esparce por el viento,  
 Y embelesa el oído  
 De todo sér, y ahoga todo ruido  
 Que existe en aire, tierra y firmamento;  
 Y á los acentos de su voz süaves  
 Las rumorosas auras se adormecen,  
 Las sonoras corrientes enmudecen,  
 El eco olvidan de su voz las aves,  
 Y en su lecho de arena movédiza  
 Lentas las olas de la mar se mecen,  
 Y el agua amarga que su són hechiza,  
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios, que como rey domina  
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes  
 Ningun encanto á su favor inclina,

Como el poder de los humanos reyes,  
 Las fuentes del dolor abre entretanto  
 En la alma de Miriam, y en sus enojos  
 Y en su armonioso canto,  
 Aguarda el fin de su armonioso canto,  
 Segunda vez para anegar en llanto  
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano Levita, á quien seguía  
 Una muger cubierta con un velo,  
 La ceremonia al concluir y el día  
 La instó á seguirle con doliente anhelo.  
 Obedeció la cándida doncella,  
 Y del materno hogar á la morada  
 De ambos detrás encaminó la huella.  
 Al umbral de su puerta aglomerada  
 Reunion de mugeres silenciosa  
 Esperaba sin duda su llegada,  
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa.  
 “¿Qué es esto, hermanas mías?”  
 Preguntólas Miriam sobresaltada.  
 “¿Por qué en el mas alegre de los días  
 “Delante de mis puertas os encuentro  
 “Veladas, taciturnas y sombrías?  
 “¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?”  
 Mas las mugeres á su voz callaron,  
 Y apartándose ante ella, de la puerta  
 El paso la franquearon.

Con angustiado afan, con planta incierta,  
 En la morada penetró MARIA,  
 Y en la primera estancia que halló abierta,  
 Donde una turbia lámpara lucia,  
 A su madre encontró.—No estaba muerta  
 La anciana todavía:—No estaba muerta  
 Mas con la vista próxima á apagarse  
 La buscaba afanosa,  
 Incapaz de explicarse  
 Con voz ni con accion mas cariñosa.  
 Sonreir dulcemente  
 La vió la hija infeliz al acercarse  
 Al solitario lecho,  
 Y al abrazarla con filial ternura,  
 Con el postrer aliento de su pecho  
 Un beso maternal grabó en su frente,  
 Y al querer la divina criatura  
 Volvésele á su vez, su boca pura  
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso  
 Por el impulso repentino herida,  
 De la madre perdida  
 Cayó sobre los míseros despojos,  
 Llenos quedando en su dolor inmenso  
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente dia  
 La misma tumba que á Joaquin encierra,  
 De la esposa el cadáver recibia,  
 Sobre el ház de la tierra  
 Sola quedaba en orfandad MARIA:  
 Mas de Dios á los fallos resignada,  
 De religiosa abnegacion ejemplo,  
 A la merced de Dios encomendada  
 Al amparo de Dios volvióse al templo.